

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo, 3, 1-8a.13-15): *He visto la opresión de mi pueblo.*

Salmo (102, 1b-4.6-8.11): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios, 10, 1-6. 10-12): *El que se crea seguro, cuidado de no caer.*

Evangelio (Lucas 13, 1-9): *Si no os convertís, todos pereceréis.*

En nuestros tiempos, volvemos los ojos al firmamento para expresar la admiración por este universo, que vamos conociendo, con las nuevas tecnologías, en ese proceso maravilloso que resalta la unidad de todos los componentes del conjunto y la diversidad compleja de cada parte, en unas medidas de tiempo y espacio que no nos caben en la cabeza, pero que despiertan la admiración interrogadora que el cielo estrellado del desierto suscitó en Abrahán.

Aquel Dios de la grandeza natural, al que los antepasados de Abrahán se dirigían con ofrendas y sacrificios impregnados de religiosidad mágica, provocó en él un cambio religioso drástico. Dios era inmenso en sus obras, misterioso en nuestro intento de comprensión, pero merecedor de confianza en una vida llena de peligros, problemas, necesidades, dudas e inseguridades. Abrahán significa el descubrimiento de Dios como posibilidad de la esperanza humana.

Un día sucedió algo inesperado. El mismo Dios de aquellos antepasados, descubierto en la naturaleza, se manifiesta misteriosamente cercano dentro de la historia: Como un ser personal que escucha, mira y se fija. Características propias y previas para el conocimiento y la acción. Ve la opresión. Escucha el clamor. Se fija en el sufrimiento. Y decide actuar en un compromiso.

Cuando Moisés se desvió del camino no podía imaginar todo lo que iba a ocurrir después de que de la zarza ardiente saliera aquella voz que le invitaba a quitarse las sandalias. Aparece en el horizonte humano un sentido de Dios novedoso y original. Dios no se manifiesta solo en la creación. Se manifiesta, también, haciendo Historia. En la creación haciendo posible un mundo con sus leyes, su azar y su autonomía. En la Historia preocupándose de las consecuencias de nuestra libertad, tantas veces irresponsable, para animarnos a corregir nuestras decisiones y dirigirla hacia un horizonte de libertad y felicidad en el que todos puedan participar.

Es el Dios del Éxodo, decimos. Es el Dios que se manifiesta en aquella experiencia de hacer libres a los creyentes para poner en marcha una comunidad nueva con el encargo de ser la referencia de una humanidad empeñada en hacer una historia distinta a la determinada por el fatalismo o el desánimo.

La primera lectura de hoy es un himno que proclama la novedad de la historia religiosa de la humanidad. El Dios que está en el origen de todo, es el mismo Dios que está en el fondo de la historia humana. Esa historia de descubrimiento de Dios nos llevará hasta Jesús. En Él, Dios se manifiesta como el Señor de la ternura, de la comprensión compasiva que da nuevas oportunidades siempre, como a la viña, o que tira de pegamento para reconstruir el barro con el que está hecha la cerámica humana. Hemos tenido mucha suerte. Nos ha tocado la mejor noticia que sobre Dios ha escuchado la humanidad: **¡Dios nos quiere!**

También a nosotros algo nos desvió hoy de nuestro camino cotidiano y nos trajo hasta aquí, para celebrar la Eucaristía en esta tierra sagrada que estamos pisando, pero, ¿ya nos quitamos las sandalias? Ritualmente, sí, ya lo hicimos. Fuimos invitados al principio de nuestra celebración a reconocer nuestros pecados y ritualmente así lo hicimos. Juntos recitamos nuestras fórmulas y pedimos al Señor que tuviera piedad de nosotros.

Dejamos atrás nuestras sandalias para escuchar la voz de Dios. *«¡Tú eres, Señor, un Dios compasivo y misericordioso!»*. Un Dios que ha mirado, oído y conocido nuestras penas y desciende porque nos quiere liberar, un Dios que nos manifiesta su nombre y nos confía su misión para colaborar en esa obra de salvación para nosotros mismos y para el resto de su pueblo.

Ojalá que, más allá del rito, verdaderamente nos hayamos quitado las sandalias. Esas sandalias que nos mantienen atados a lo acostumbrado sin permitirnos ir más allá. Esas sandalias que nos mantienen metidos en un laberinto de ruido y voces que no nos dejan escuchar, que nos mantienen parpadeantes y cegados por tantas luces fugaces que no nos dejan ver, que nos mantienen confusos en tantas verdades a medias, mentiras completas, que nos impiden de verdad conocer y:

Mirar con la mirada compasiva de Dios.

Escuchar con los oídos atentos de Dios.

Conocer con el corazón misericordioso de Dios.

Solo así podemos colaborar efectivamente en la obra salvadora de un Dios que nos quiere libres de toda atadura y presión, libres para dejar atrás nuestras esclavitudes y avanzar a la tierra de la promesa.